

Vacío

La habitación en el Hospital de Fuenlabrada tiene un olor peculiar, una mezcla de desinfectante y despedidas. Los pasillos son largos, impersonales, pero aquí y allá se cuele la calidez de una enfermera que sonrío a un paciente, de un médico que se detiene a dar una palabra de consuelo. En estos lugares, donde la vida se aferra y también se escapa, el valor humano es la única barrera contra el frío del adiós.

En la habitación 307, la máquina que antes marcaba el ritmo de su respiración ahora solo emite un pitido sordo, constante, definitivo. El médico dice algo, pero sus palabras flotan en el aire como si no fueran reales. Lo único que veo es su rostro, sus ojos abiertos, pero vacíos. Vacíos de vida, de palabras, de todo lo que alguna vez los llenó.

Un instante antes, todavía estaban ahí. Cansados, sí, vencidos por los años y la enfermedad, pero aún suyos. Ahora ya no. Me aferro a su mano, todavía tibia, como si con eso pudiera retener algo, cualquier cosa, pero el vacío me responde.

Alguien dice mi nombre. No reacciono. Otra vez. Esta vez con más fuerza. Es mi hermana. Tiene los ojos enrojecidos y me toca el hombro.

—Tenemos que irnos —susurra.

Pero ¿cómo se deja un cuerpo que alguna vez fue un hogar? ¿Cómo se abandona una mano que sostuvo la nuestra en los momentos más oscuros? Me obligo a soltar su piel con un temblor en los dedos. Doy un paso atrás. Luego otro. Hasta que la cama queda frente a mí, vacía.

El silencio en la casa es más fuerte de lo que imaginé. El reloj en la pared marca las horas con un sonido hueco, pero nadie lo escucha. La silla donde solía sentarse sigue ahí, con su cojín gastado por los años. La taza de té que nunca terminó aún está en la mesa. Nadie la mueve. Nadie se atreve.

Mi madre apenas habla. Camina como una sombra, como si el duelo la hubiese vaciado por dentro. Las visitas llenan los espacios con palabras innecesarias, conversaciones

forzadas, como si al hablar lo suficiente pudiera tapar la ausencia. Yo, en cambio, me aferro al silencio. Al vacío.

Porque está en todas partes. En la ausencia de su voz en las mañanas, en los cubiertos de más a la hora de la cena, en las fotos que no se atreverán a guardar ni a mirar.

Pero sobre todo, en el recuerdo.

Los nietos mayores intentan llenar ese vacío a su manera. Se sientan en el sofá, juntos, y uno de ellos dice, con una media sonrisa:

—¿Os acordáis de cómo hablaba cuando se enfadaba?

Otro se aclara la garganta y, con voz ronca y exagerada, empieza a imitarlo:

—¡Maldita sea! ¡Esto no es manera de hacer las cosas!

Las risas estallan en la sala.

—Siempre decía palabrotas y luego nos decía que no repitiéramos lo que oíamos —
agrega otro, secándose una lágrima entre carcajadas.

Ríen con lágrimas en los ojos, recordando la vida que hubo, aferrándose a ella como si al mencionarlo pudieran traerlo de vuelta.

Los más pequeños miran con curiosidad, sin comprender del todo lo que ocurre. Uno de ellos, con su inocencia intacta, pregunta:

—¿Y cuándo vuelve el abuelo?

El silencio cae como un peso. Nadie responde de inmediato. Al final, es su madre quien le acaricia el cabello y le susurra con ternura:

—El abuelo ya no va a volver, cariño.

El niño frunce el ceño, como si la idea no tuviera sentido.

— Si siempre vuelve.

Nadie tiene el valor de decirle que esta vez no.

Los días pasan, pero el vacío sigue. A veces se instala con suavidad, como una brisa fría en la nuca. Otras veces se desploma sobre mí como una losa, pesada, imposible de mover.

Intento llenar el hueco con recuerdos. Cierro los ojos y me esfuerzo por escuchar su risa, por recordar la calidez de su abrazo, la firmeza de su voz cuando decía mi nombre.

Pero los recuerdos también duelen. Porque están vivos, pero él no.

Me pregunto cómo se supera esto. Cómo se sigue adelante con un hueco en el pecho.

Y vuelvo a la última noche en el hospital.

Recuerdo cómo nos turnamos para estar con él. Cómo la enfermera de turno, con una dulzura infinita, le acomodó las sábanas con la misma ternura con la que lo haría un hijo. Cómo mi madre, sin poder contenerse, le acarició la frente y le dijo que todo estaba bien, aunque sabía que no lo estaba. Cómo, en un susurro apenas audible, él nos agradeció.

Gracias.

Fue su última palabra. Un murmullo frágil, pero lleno de amor.

Un día, sin querer, lo descubro.

Estoy en su habitación, acariciando el viejo suéter que dejó en el sillón. Mi madre entra y se sienta a mi lado. No dice nada, solo me mira. Su mirada está rota, pero en sus ojos hay algo más. Algo que no había visto antes.

Amor.

No el amor del presente, sino el del pasado. El amor que existió cuando él estaba aquí.
Que nos abrazó en los momentos felices, que nos sostuvo en los días difíciles.

Y entonces lo entiendo.

El vacío no se llena con olvido. Se llena con amor.

Porque aunque él ya no esté, el amor que dejó sigue aquí.

En la forma en que mi madre me toma la mano. En las historias que mis sobrinos siguen contando. En la forma en que, a pesar de la tristeza, seguimos juntos.

Ese amor no desaparece. Permanece. Se transforma en recuerdos, en gestos, en todo lo que alguna vez fue.

Y en eso, en ese amor que sigue latiendo aunque la vida se haya ido, encontramos la manera de seguir adelante.

No es lo mismo. Nunca lo será. Pero es suficiente.

Es lo que nos queda de él.

Es lo que nos mantiene en pie.